

La escuela autorreflexiva como motor de cambio

Reme Rodríguez Beltrán

Maestra de E. Primaria y Educadora Social

*"La educación es una arma de construcción masiva."
Marjane Satrapi (autora de "Persépolis")*

En la actualidad, los momentos de reflexión sobre nuestra tarea educativa debe ser el libro de cabecera del trabajo diario. Actuar en el aula y no pararse a pensar en lo que estamos haciendo nos lleva a prácticas rutinarias y alejadas de las necesidades de nuestros alumnos. Como consecuencia creamos climas de aprendizaje desprovistos de curiosidad y motivación y fomentamos en ellos una sensación de hastío y aburrimiento.

Como educadores tenemos que diferenciar entre prácticas auténticas, cotidianas, significativas y relevantes en nuestra sociedad y prácticas artificiales descontextualizadas, poco significativas, normalmente propuestas por las editoriales. Las primeras implican la creación de una actitud abierta hacia el aprendizaje, una selección del aprendizaje de modo que no sea arbitrario e irrelevante, un procesamiento muy activo de la información por parte del alumno y un conocimiento exhaustivo de éste por parte del maestro. Por supuesto, los maestros también tenemos que estar dispuestos, capacitados y motivados para enseñar. Lo

primero que debemos mostrar a los alumnos es nuestro entusiasmo y una actitud positiva hacia ellos. Según dice Paulo Freire: "...Enseñar exige respeto a los saberes de los educandos... Enseñar exige respeto a la autonomía del ser del educando... Enseñar exige seguridad, capacidad profesional y generosidad... Enseñar exige saber escuchar"

La escuela se ha empeñado en enseñar a través de situaciones sucedáneas, aferrándose, incomprensiblemente, al libro de texto. Dominados por la obsesión de acabar el libro, olvidamos aspectos tan importantes como el desarrollo de la autonomía moral e intelectual de los alumnos, del desarrollo de la capacidad de pensamiento crítico, de la capacidad de aprender por sí mismo, o de la capacidad de reflexión sobre uno mismo y sobre el propio aprendizaje, la motivación y responsabilidad por el estudio y de la disposición para aprender y para cooperar con sus compañeros buscando el bien del grupo. Por el contrario, en nuestras aulas fomentamos la competitividad, construyendo un clima de trabajo hostil y perverso, olvidándonos de la función principal para la que estamos legitimados: promover los procesos de crecimiento personal del alumno en su dimensión individual y social.

La calidad de nuestra labor educativa tiene más que ver con nuestra capacidad de atender y responder a las necesidades y demandas que plantean nuestros alumnos que con acabar o no los contenidos establecidos o hacer una continua evaluación, que no, una evaluación

continua. Clasificando, etiquetando continuamente a los alumnos y propiciando aprendizajes memorísticos sin andamios en los que sustentarlos. Hemos burocratizado el aprendizaje y hemos hecho de una de las experiencias más gozosas, unas prácticas aburridas y rutinarias. Evitemos en lo posible emitir juicios que descalifiquen y desmotiven, debemos proporcionar a los alumnos la infor-



La escuela se ha empeñado en enseñar a través de situaciones sucedáneas, aferrándose, incomprensiblemente, al libro de texto

mación necesaria para averiguar qué dificultades han encontrado en el proceso de enseñanza aprendizaje y consensuar las posibles soluciones para alcanzar los objetivos propuestos. Todo ello condimentado con mensajes positivos que refuercen la confianza en sí mismo y las ganas de seguir aprendiendo.

Tratar de medir y objetivar el aprendizaje constantemente, nos hace esclavos de criterios de evaluación, indicadores, objetivos, pruebas objetivas; olvidándonos de hacer un análisis del proceso y del contexto en el que se produce, para conocer los logros y dificultades del mismo, reflexionando y buscando estrategias que mejoren el aprendizaje.

Entiendo que es complicado y costoso responder diariamente a las peticiones de nuestros alumnos y compatibilizarlo con el currículo establecido. Para aprender los escolares deben *estar a gusto*; a pesar de que aprender supone un considerable esfuerzo, se puede disfrutar mucho haciéndolo. Esto se consigue si uno tiene el apoyo de sus compañeros y su maestro/a. Si los que te rodean creen en ti y tus posibilidades, si te animan cada vez que encuentras un escoyo o si te sientes valorado como persona y como alumno. La escuela debe

ofrecer esa seguridad y afecto necesarios, lejos de hacer sentir angustia, miedo al fracaso o al ridículo. Los maestros tenemos la obligación de crear un ambiente en clase que propicie el aprendizaje y en el que todos los alumnos se sientan capaces de alcanzar lo que se les pide. Todo ello con alegría y disfrute. Los alumnos deben sentir que se les trata teniendo en cuenta su individualidad y diferencia y que el sentido de justicia e igualdad preside las relaciones.

No podemos seguir creando ambientes de trabajo competitivos, potenciando objetivos de "ser el mejor", "ganar" o "tener más positivos".

Los niños deben aprender a compartir y cooperar sintiendo que el éxito personal viene dado por el éxito del grupo. Si insistimos en estas estrategias solo conseguiremos una rivalidad negativa entre los alumnos. Para ser yo

el mejor los demás deben fracasar. Si los alumnos se consideran un equipo que avanza juntos hacia el aprendizaje basado en la ayuda mutua para alcanzar los objetivos, el éxito de todos está garantizado.

Con estos planteamientos, en nuestra aula tiene cabida todo tipo de alumnos, la diversidad es vivida como un hecho enriquecedor para el grupo, no como un problema que puede afectar al rendimiento de "los mejores", "los normales" o "los de aquí".

Es urgente que avancemos en la construcción de una escuela que dé respuesta a las demandas de la sociedad y que dé cabida a todos y

cada uno de los alumnos que llegan a nuestros centros. Es urgente que nos sentemos a reflexionar en equipo sobre en qué tipo de mundo queremos vivir, porque, está claro, que el modelo actual no nos sirve, como ha puesto de manifiesto la crisis actual. Esta reflexión nos debe llevar a preguntarnos, entonces, ¿qué es importante enseñar y cómo?, ¿qué ciudadanos queremos formar para transformar este mundo en crisis?

Podemos optar por el camino fácil, que es dejarnos llevar por la costumbre, lo que hace todo el mundo o total para lo que nos pagan; o por una vez, lanzarnos a la piscina y bucear en ese mar

de dudas, temores y dificultades que supone pensar, debatir y cuestionar para encontrar un modelo consensuado y asumido por los equipos docentes de cada centro.

La alegría de acompañar a nuestros alumnos en su proceso de desarrollo no es comparable con nada. Orientar sus pasos, ayudarles a caminar hacia su formación como ciudadanos responsables de su destino es una tarea harto complicada pero fascinante: es un maravilloso viaje que está lleno de dificultades pero en ellas radica la emoción del mismo.

Seamos valientes y pongamos en jaque a esta escuela obsoleta, desfasada, aburrida y

con pocas soluciones a tan numerosos y diversos problemas. Recuperemos la ilusión, la creatividad y las ganas, y dejémonos de lamentaciones.



Es momento de renovar entusiasmos, de creer en utopías y de no caer en derrotismos que nos llevan a la autocompasión. Esta crisis es una oportunidad de transformación que no deberíamos perder.
